

La memoria y la fe.
Reflexiones seniles en clave luliana

FERNANDO DOMÍNGUEZ REBOIRAS
(Albert-Ludwigs-Universität, Freiburg im Breisgau)

I. REMEMORANDO

Al inicio de la década de los ochenta del pasado siglo, en un día caluroso de verano recibimos en el Raimundus-Lullus-Institut de la Universidad de Freiburg la visita no anunciada de una joven profesora catalana que, según ella nos explicó, estaba de vacaciones en el no tan vecino Friuli, donde su marido investigaba *in situ* la lengua friulana. Nos dijo que desde allí había tomado un tren con el único objetivo de conocer la institución que A. Badia i Margarit (como E. Colomer y M. Batllori, habitual visitante de ésta) definió como «la capital del mon lul·lià». Durante aquel corto y agradable encuentro, le recomendamos que tomase contacto con Anthony Bonner, cuya dirección le facilitamos. Bonner, que estaba ultimando su traducción de las *SW*, era entonces un desconocido en el mundo intelectual catalán, pero ya estaba en intensa relación con el RLI y se comunicaba asiduamente con su compatriota Charles Lohr, director en funciones del Instituto. La joven profesora contactó inmediatamente con aquel ciudadano americano, residente en Mallorca, quien ya en edad madura había comenzado a dedicarse con gran empeño al estudio de Ramon Llull y su obra, teniendo en sus inicios como constante interlocutor a Jordi Gayà, entonces secretario de la Maioricensis Schola Lullistica, colaborador del mismo Institut donde había presentado su brillante tesis doctoral. Excuso anotar que la relación científica de L. Badia con A. Bonner fue y es enormemente fructífera como fueron también constantes y abiertas las relaciones de la profesora Badia con nuestra institución. Su primera larga estancia en Freiburg fue en el duro invierno de 1983 y continuó, con mayor o menor intensidad, en los años sucesivos en los que pudimos conocer en Freiburg a sus colaboradores más inmediatos (A. Soler y J. Santanach), además de otros muchos discípulos y discípulas. Esta relación puso de manifiesto lo que el RLI siempre quiso ser: un lugar de encuentro de la real y memorable *lulliana studiorum communitas*.

Para el infrascrito, además de una intensa relación institucional y más allá de encuentros y desencuentros académicos, queda en el recuerdo un trato largo y amistoso con la profesora Badia y su familia, incluyendo gratos paseos por la vecina Selva Negra y por las colinas del Monferrato (Pascua Florida 1987 y San Silvestre 1990/1991).

En una de sus últimas aportaciones a los estudios lulianos, trata L. Badia (2018) las edades del hombre, resaltando la lúcida, combativa y prudente vejez de Ramon en su original trayectoria vital. No voy a seguir aquí su discurso, sino a aprovechar esa positiva visión de la avanzada edad de Ramon para ilustrar brevemente la importancia de la memoria (y con ella la fe) en el discurso luliano. Estas reflexiones se pueden bien llamar «seniles», pues proceden de alguien que no niega su condición de «viejo» o «anciano» (palabras tabú y casi un insulto en nuestro entorno social). Van escritas desde la real e inevitable vejez en la que felizmente el que suscribe «habita y mora» y a la que Lola, por ley de vida, se asomará —con toda seguridad— en la dinámica de su habitual energía juvenil.

2. EL MAR DE LA MEMORIA

*Rememorar*¹ ('recordar'), *entender* y *amar*. Una tríada de conceptos que es, sin duda alguna, la llave para explicar todo el discurso luliano. Al lado de estos verbos están los substantivos: memoria, entendimiento y voluntad, las clásicas tres potencias del alma humana.

Rememorar para empezar a entender y, después de entender, poder amar. Tales son los ejes ordenadores de la epistemología y la «visión del mundo» lulianas. R. Pring-Mill (1968) ha mostrado como en el pensamiento de Ramon Llull esa manifestación de la trinidad en las potencias del alma se inscribe coherentemente en un sistema general, articulándose con la idea de la *scala creaturarum* y con las correspondencias entre macrocosmos y microcosmos

1. El término *rememorar* ('recordar') en este contexto y en relación a las tres potencias del alma tiene en toda la obra luliana un sentido y una dimensión mucho más amplia que la mera memorización, un significado que tenía también en el castellano (no tan) antiguo donde *recordar*, *acordarse* era, entre otras cosas, un sinónimo de *despertar*, *estar atento*, *considerar*, *darse cuenta* y, sobre todo, *revivir*, *activar*... Véase, p. e., el comienzo de *Las coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique: «Recuerde el alma dormida...».

para formar la base «de aquella concepción luliana genial de las tres Artes paralelas». Toda la obra luliana, en frente a sus contemporáneos y a toda la filosofía medieval, es un continuo y decidido alegato en favor de la memoria como acto fundamental del alma humana (Fidora 2011: 214-218).

Rememorar es, pues, la puerta que permite entender; y entender es la premisa necesaria para poder amar. No en vano en 1290, después de haber escrito un *Ars inventiva* y un *Ars amativa*, se plantea Llull la exigencia de un tercer libro diseñando un proyecto que nunca llevará a cabo por completo. Se trataba de un *Ars memorativa*, mencionada al final de la obra dedicada al arte de amar, cuando la «Duración o Eternidad» le reprocha a la «Bondad» la carencia de una obra semejante:

Turbada quedó la Duración por lo que dijo la Bondad, que la había acusado delante del amigo y delante de los principios de la substancia; y así le contestó a la Bondad: ¿Cómo es posible, Bondad, que estés tan preocupada porque yo haga durar aquel tu bonificar, que tienes en el arte de ciencia y en el arte de amancia, tú, que no tienes cuidado ni voluntad de bonificar el arte de la memoria? ¿Y no sería un gran bien publicar un *Arte memorativa* mediante la cual se afianzaría la memoria de las cosas pasadas, de la misma manera que por el *Arte inventiva y amativa* se descubren las cosas que son y que serán? ¿Es que, por ventura, no es tan gran honor al amado ser rememorado como ser entendido y amado? ¿Es que, por ventura, no soy yo tan buena semejanza de su eternidad, como la sapiencia del amigo es semejanza de la sapiencia del amado y el amor del amigo semejanza del amor del mismo amado? Así es, en verdad. Sin embargo, tú, Bondad, tuviste gran premura en echar por delante el *Arte inventiva y amativa*, pero nunca te oí proponerle a alguien aquel Arte para rememorar al amado en sí mismo y en sus obras. ¡Ay, Bondad! ¿Por qué haces posible que las gentes olviden a mi amado y sus obras?²

La idea se repite en el prólogo de la *Tabula generalis* (op. 53),³ anotando la importancia de esa *Arte memorativa* para aprender cualquier cosa.

2. *Ars amativa*, De fine huius libri, ROL XXIX, p. 425. En la versión catalana ORL XVII, pp. 379-380.

3. «Y la intención por la que escribimos esta Tabla, es porque en ella demostraremos brevemente cómo funciona el *Arte inventiva* y el *Arte amativa*, y también cómo se podría hacer un *Arte memorativa*, que es muy necesaria para adquirir sabiduría (ad sciendum)» (ROL XXVII, p. 1).

En una obra escrita en 1294, el *Arbor philosophiae* (op. 61), además de reiterar el deseo de redactar la obra y lamentar la falta de colaboradores, Llull afirma que ese mismo libro puede considerarse un arte de recordar, calificando esa obra no escrita como un libro «deseado», es decir, por hacer.⁴ Unos meses después, al principio de la voluminosa obra *Ars ad faciendum et ad solvendum quaestiones* (op. 64), que se puede considerar como complemento de la *Tabula generalis* (op. 53) (lleva también el título de *Lectura super Artem inventivam et Tabulam generalem*), sugiere que alguien la escriba en su lugar haciendo un vehemente llamamiento a una persona competente («alicui valenti homini») que se atreva a escribir tal *Ars memorativa*, pues él no se siente con fuerzas para emprender tal obra, ofreciendo, sin embargo, un esquema o plan para elaborarla.⁵

4. «Has de saber, hijo mío, que este Árbol contiene algo así como una ciencia memorativa, según cierto modelo de Arte memorativa. Una tal Arte es muy necesaria en este mundo, y por eso con gran ansia deseo tener tiempo y oportunidad de escribirla, pero estoy ocupado en otros muchos y áridos negocios, que no me permiten llevarla a cabo, porque nadie me ayuda» (ROL XXXIV, p. 44 / ORL XVII, p. 402). Es, por eso, que S. Galmés (ORL XVII, p. xviii) la llama, sin más, «Arbre de filosofia de membraça». E. W. Platzeck asigna el título de *Ars memorativa* (Pla 59a) a un breve fragmento de esta obra apoyándose en esta indicación del prólogo.

5. «Como por la gracia de Dios hemos escrito ya el *Arte inventiva* que es propia del entendimiento y el *Arte amativa* que es propia de la voluntad, no hemos escrito aún el *Arte de recordar* que nos es muy necesario para que la memoria devuelva al entendimiento y a la voluntad artificialmente aquello que en ella artificiosamente han confiado. Por eso muy intensamente deseamos, que Dios nuestro Señor por su gran bondad conceda talento suficiente a algún hombre capaz de escribir un *Arte memorativa* porque nosotros por el peso de la edad y condicionados por la fragilidad de nuestra naturaleza no disponemos del tiempo y la energía física suficiente para acometer tal empresa. Y también porque estamos harto ocupados en divulgar y enseñar a los sarracenos en árabe el *Arte inventiva*, con la que se pueden destruir sus falsos juicios y demostrar la verdad de la santa fe católica. Nosotros, sin embargo, del modo más breve posible queremos indicar la manera que consideramos la mejor para componer tal *Arte de memorar*, a saber, que en ella se muestren las figuras y el orden que seguimos en el *Arte inventiva* y *memorativa*, y que en aquella se apliquen las diez reglas que ya tratamos en este Arte, y en aquel Arte se han de tratar como en éste se han tratado, aplicándolas al memorar, como se ha hecho en este Arte aplicándolas ordenadamente al entender. Aconsejamos también que así como en el *Arte inventiva* para entender y en el *Arte amativa* para amar fuimos aplicando las definiciones, condiciones y cuestiones, se ha de hacer así igualmente para memorar o recordar aplicando en el *Arte memorativa* las definiciones, condiciones y cuestiones siguiendo el proceder natural que tiene la memoria para recordar como ya explicamos en el *Arte demostrativa* y en su comentario siguiendo el proceder de la figura S.» *Ars ad faciendum et ad solvendum quaestiones* (op. 64), MOG V, pp. 360-361 (Int. v, pp. 2-3).

De nuevo se menciona esa posible *Ars memorativa* en el *Arbor scientiae* (op. 65), en cuyo *Arbor humanalis* (III. 2)⁶ incluye un «tractatus de memoria» donde avisa que con este corto tratado se puede construir la deseada *Ars memorativa*.⁷

A pesar de esa confesada incapacidad o imposibilidad de escribir un arte sobre la memoria, Llull terminó escribiendo, unos años después, un *Liber de memoria* (op. 111). Se trata de una obra que forma un conjunto con los precedentes *Liber de intellectu* (op. 109) y *Liber de voluntate* (op. 110), estando los tres relacionados con el anterior *Liber de lumine* (op. 106). El objetivo común de las tres obras es la explicación de la esencia y operación de cada una de las tres potencias usando los principios del Arte. En obras posteriores el *Liber de memoria* es recordado repetidamente.⁸

Es importante hacer notar que ni esta obra ni el Arte que deseaba escribir se pueden incluir en la rica tradición de las *artes memoriae* o «mnemotecnia». Es por eso por lo que la importancia de la memoria en Llull no viene tampoco dictada por aquella larga y fabulosa tradición en la que muchos —en la historia del lulismo— quisieron incluir el *Ars lulliana* (Rossi 1960; Yates 1966).

La memoria que Llull quiere ver presente y activa al inicio de toda actividad mental es el acervo de conocimientos que el hombre va adquiriendo antes de empezar a pensar y que determinan necesariamente la actitud psíquica de todo acceso a cualquier ciencia o saber. Son «conocimientos» experimentales aceptados sin análisis intelectual previo, que están presentes antes de toda investigación y que el entendimiento no se puede permitir ignorarlos, por eso está obligado a incluirlos en el proceso cognoscitivo para aceptarlos o rechazarlos. El entender luliano no puede surgir sin la memoria personal, sin tener en cuenta todo lo que condiciona el concreto acto de pensar en una concreta persona con su entorno humano y social. Dentro de esas condiciones que el ser humano tiene que considerar —lo quiera o no— están todas las creencias y juicios «ciertos» que el ser humano va adquiriendo de su entorno y admi-

6. ROL XXIV, pp. 201-206.

7. «Iste tractatus de memoria multum est utilis ad sciendum et ad habendum habitus scientiae... dispositus est, quod ponatur in Arte memoratiua, quae fieri posset secundum quod iste tractatus significant» (*Ib.*, p. 206 y ORL XI, p. 184).

8. *Liber de investigatione actuum divinarum rationum* (op. 118, ROL X, p. 346); *Liber de praedicatione* (op. 118, ROL III, p. 277); *Liber de fine* (op. 122, ROL IX, pp. 259, 286, 287) y, con el título *Ars memoriae* en el *Liber de experientia realitatis ipsius generalis* (op. 138, ROL XI, p. 218).

tiendo como absolutamente verdaderos. Entre estas creencias está fundamental y necesariamente la fe religiosa de cada uno.

Olvidar esas premisas mentales y no incluirlas en un proceso intelectual posterior es, para Llull, la razón de ser de todos los malentendidos y la necesidad imperiosa de aclarar todo el tesoro de la memoria en un diálogo intelectual fructífero y necesario. Esta es la base de su sistema que tiene como objetivo la reducción de todas las creencias recibidas de los antepasados, a través de la memoria individual o colectiva, a una sola y única creencia fundamentada en la actividad del entendimiento.

Sin analizar más a fondo esta necesaria premisa luliana de considerar el contenido de nuestra memoria antes de comenzar a pensar, es evidente que para Llull todo pensamiento exige una referencia al propio pasado, a todo el contenido de la propia memoria. Una memoria que solo en el pasado, y no en el presente ni en el futuro, tiene su base y fundamento: en un pasado individual propio y en un pasado, por decirlo así, transmitido por nuestros antepasados, dependiente, pues, de una tradición concreta.

En todo caso, el tiempo de la memoria es el pasado. El pasado revive en la memoria. Y cuanta más vida, más memoria. Llull lo tenía claro: cuanta más memoria más exigencia al entendimiento y más entendimiento. Y es, por eso, relevante e incluso en el discurso luliano que el gran patrimonio de la memoria crece con la edad y con la contemplación de la obra de Dios. La sana y ejercitada memoria crece así con los años, y son los mayores en edad los que disponen de un fondo mayor en el mar de la memoria: fuente inagotable e inestimable de experiencia sobre nosotros mismos, sobre el universo propio y diferente en el que hemos vivido, sobre las personas y los sucesos que a través de la vida han llamado nuestra atención. Maravilloso este mar por la cantidad y la variedad insospechada e incalculable de las cosas que hay en su fondo. Imágenes siempre muy propias e intransferiblemente personales sin influjos externos entran así en la reflexión individual sobre la vida y el mundo. Imágenes de rostros desaparecidos en el tiempo, pero presentes en el tesoro de la memoria, los lugares de historias verdaderas o inventadas leídas cuando éramos adolescentes; fragmentos de poesías aprendidas de memoria en la escuela y jamás olvidadas; escenas de películas y de teatro con caras de actores y actrices olvidados desde hace tiempo, pero siempre dispuestos a aparecer en el fondo del recuerdo para evocar las innumerables emociones de la primera vez... Un inmenso tesoro sumergido yace a la espera de salir troceado a la superficie durante una conversación, una lectura o al recibir la noticia

del fallecimiento de gente conocida, o surge de imprevisto en una hora de insomnio o una asociación involuntaria o por un movimiento espontáneo y secreto de la mente dormida. ¡Qué enorme, inmensa e incommunicable riqueza! Esto que los jóvenes no envidian, pues, sumergidos en su presente y cambiante vaivén, lo ignoran y no pueden imaginar su extrema satisfacción y prolífica riqueza.

Mientras el mundo del futuro está abierto a la imaginación y no te pertenece, el mundo del pasado es aquel en el que a través de la memoria te refugias en lo más genuino de ti mismo, vuelves a ti mismo sin estorbos ni estriencias. Es aquí donde reconstruyes tu identidad que se ha venido formando y revelando en la ininterrumpida serie de tus actos vitales, de tu propia respiración y tus latidos. Lo vivido es simplemente algo profundamente tuyo. Cualquier rostro, cualquier gesto, cualquier palabra que parecían perdidos para siempre, una vez recuperados ayudan a sobrevivir sin nostalgia y sin la triste añoranza de un paraíso perdido que nunca existió ni puede existir, pues con la memoria se recupera toda la realidad en su verdadera dimensión, sin ilusiones: aquel reloj propio con sus horas de luz y de oscuridad.

El pasado es, pues, el objeto de la memoria, no lo es ni el presente ni el porvenir. Rememorar es recoger el pasado en el presente dándole sentido de cara a una acción en un futuro incierto. Al rememorar sigue necesariamente la explicación de lo vivido y su comprensión racional.

3. LA FE

Bien sabemos que en el término *rememorar* ('recordar') incluye Llull todo el proceso del creer, es decir, la memoria o consideración de la fe recibida. Para Llull viene a ser la fe un necesario bagaje que nos obliga a pensar, la mecha que hace explotar nuestra mente para conocer la verdad. Por eso está activa la fe en la órbita de la memoria. Ella es preludeo y ayuda imprescindible al correcto entender. El dinamismo de esta relación es algo más relevante, real y actual de lo que a primera vista pudiese parecer.

El dilema inicial, sin embargo, es ser consciente que creer en algo quiere decir no poder demostrar su certeza. Pero la cuestión básica es, al fin y al cabo, entonces y ahora: ¿qué cosa es cierta?, o más radical: ¿qué es la certeza?, y aún más: ¿es posible la certeza? El mundo es aquello que se ve y la certeza no es más que una interpretación de ahora que no sabemos si servirá mañana.

Porque vanamente pensamos que tenemos la interpretación científica, exacta y definitiva de las cosas, nos agarramos a una certeza, con la que bien disimulamos y pretendemos camuflar nuestra profunda y visceral ignorancia. Aunque no queremos creer, estamos continuamente creyendo en algo. Por eso es la misma dinámica de la fe la que aclara las limitaciones de los amantes de la evidencia: de un lado están los adoradores incondicionales de la verdad científica y del otro los creyentes ortodoxos. Así se vienen normalizando dos extremos, pero en el fondo son similares posiciones.

Al contrario del entorno luliano, actualmente, en el campo de la ciencia y la educación, la fe no tiene prestigio, mientras su competidora, la ciencia, lo tiene tan de sobra que no necesita demostrarlo. La fe hoy lo tiene difícil, la razón científica, en cambio, impera sin competencia alguna. En nuestro entorno, si habla la ciencia, la fe tiene que callarse. La fe no puede competir y, si lo hace, pretende demostrar su superioridad, o bien de manera dogmática, o bien de manera fundamentalista. Nunca con complejo de inferioridad. Pero, en el fondo, la cuestión inicial que se nos plantea hoy es la siguiente: ¿pertenece la fe —históricamente— a una fase infantil y retrógrada de una humanidad soñadora, ignorante y no ilustrada? ¿Es la fe —en pura lógica— una opinión, una verdad sin fundamento racional, una inestable y primitiva forma del saber o, en el mejor de los casos, algo anterior, una rémora, algo que estorba en la antesala del palacio de la verdad científica demostrable?

Y así, donde no hay nada para creer, no hay nada ni nadie a quien obedecer. A la vista de un cielo vacío nos vemos libres de la presión del cielo empíreo: abolición y eliminación del cielo. Lo que todas las culturas nos cuentan sobre los orígenes del universo, ilustradas con historias de dioses y mitos sobre el origen del mundo, todo esto empezó a desaparecer como un soplo a partir de Galileo pasando a una concepción del universo como producto de simples leyes físicas. Antes de Galileo estaba el cielo arriba, el infierno abajo, la Tierra en medio rodeada e iluminada por el Sol y las estrellas. Así se veía el mundo, antes de Copérnico. Un barroco Gran Teatro del Mundo, ordenado de manera genial, encantadoramente animado, genialmente visualizado en el viaje al más allá, al que Dante nos invita en su *Divina Comedia*: el infierno, el purgatorio y el paraíso. Es la tan bella como increíble historia fantástica de la Edad Media, habitada de demonios, monstruos y dragones, con ángeles y santos, sobre todo por las almas de importantes seres humanos que nos precedieron. Una verdadera odisea en el espacio infinito que permanece

vibrante hasta el último verso donde el poeta no tiene palabras para explicar cómo el puro amor divino hace circular el sol y las demás estrellas.

En aquel cosmos viviente y animado nadie se sentía solo. Ni siquiera cuando uno buscaba la soledad. Metafísicamente esta encantadora cosmología significa prácticamente una ordenada disposición de la fe celeste en las relaciones de poder, que de manera estricta estaban determinadas de arriba a abajo. La fe significa ser visto desde arriba. En su posición extraterrena ve Dios todo, lo sabe todo, tiene su trono en la punta de una múltiple pirámide escalonada. Sobre «el ojo de Dios» no hablan solo los teólogos cristianos: en la cultura egipcia, judía, griega o hindú ven a Dios como el ojo que nos ve. Tres ojos tienen Zeus y Shiva. De Dios dice el libro de Job «sus ojos miran los caminos del hombre...».

Así de pesada puede ser la mirada de Dios y de los santos: falta esa mirada, siente el hombre que no es percibido. Y se siente libre —o perdido en el cosmos—. La visión moderna del mundo no ofrece una jerarquía, el centro pierde su posición dominante. Desde entonces en todas las partes está el centro, por lo cual en ninguna parte y desde ningún punto se va directamente al infinito. Así también se suprime cualquier dualidad, aquella que habla de arriba y abajo, o del bien y del mal. El teatro del mundo es discrecional a gusto de cualquiera, la posición del ser humano en el cosmos es casual. Comienza el desamparo metafísico. Este desamparo es el que permite y obliga a mirar por el telescopio y, a fin de cuentas, a abrir los ojos, conectar la razón y pensar por sí mismos. Al mismo tiempo puede considerarse (siguiendo a Sigmund Freud) que esa pérdida del cielo fue la primera «humillación y ofensa a la humanidad» (*Kränkung der Menschheit*). Desde ese momento jugamos en cualquier parte, ¿también de cualquier manera? Para ese nuevo papel es recomendable una fe cosmológicamente neutral.

Con el telescopio contra el incienso. Muchos conciben así el fin definitivo de la fe religiosa tradicional. Científicos desde Julien de La Mettrie hasta Stephen Hawking son de la misma opinión. Mirando sobriamente al universo constatan que no hay la menor huella de fuerzas divinas, nada fuera de concentración de materia, tempestades energéticas, agujeros negros, un espectáculo impresionante que dura ya más de trece mil millones de años. «Big bang», casualidad, entropía: el todo, la nada y nosotros. ¿Es esa la explicación definitiva o un sueño, una broma pesada? Simplemente nos viene a significar que no es necesario un dios y detrás de lo visible no hay nada que explicar. Por tanto, nada para creer.

No todo es, sin embargo, tan transparente y excluyente como a primera vista parece. Si ponemos, por ejemplo, el «big-bang», una explicación aparentemente racional del comienzo del tiempo, vemos como los ateos radicales aceptan sin pestañear esta teoría. Pero ni los que la predicán o los que creen en ella se preguntan qué había antes del «bumbum», antes de aquella explosión original, de aquel rayo que no cesa que sigue explotando miles de millones de años, desequilibrando todas nuestras representaciones de tiempo y espacio. Por ello es evidente también que esa teoría la pueden asimismo aceptar los creyentes, adoradores de aquel Dios con blanca y larga barba que, a pesar de temperaturas que superarían los millones de grados y sin despeñarse, obró la hercúlea separación de las aguas y la obra de la creación del universo en seis días.

Pero ni Lull ni sus contemporáneos veían todo esto con la ingenuidad que algunos suponen. Dios lo había hecho todo así por razón del ser humano, pues necesitaba del hombre para decidir el drama final entre el cielo y la nada. Solo el hombre en el universo podía interpretar el papel decisivo en la lucha del bien y del mal, porque ese ser humano en su entraña, en su libre albedrío, es unas veces tesoro de bondad y otras un canalla, tenso entre lo espiritual por arriba y lo animal por abajo. Se trataba de una lucha del cielo contra el infierno, del bien contra el mal, el lugar de ese combate era la tierra. Por eso no hace muchos años C. G. Jung ya dijo que «el concepto Dios es simplemente una necesaria función psicológica de nuestra naturaleza irracional, que no tiene nada que ver con la cuestión de la existencia de Dios». Más concreto y directo lo expresó W. Heisenberg: «El primer trago del vaso de la ciencia experimental nos hace ateos, pero en el fondo de ese vaso nos espera Dios».

Por otra parte, quien no tenga un pelo de tonto ha tenido que experimentar mil y mil veces que cuando la vida pasa de la abstracta reflexión a la concreta, seria y práctica realidad, la ciencia exacta, las razones de la razón juegan un papel secundario. Es la fe, la creencia, la que impera y toma la iniciativa en múltiples y variadas formas desde la confianza existencial incondicional hasta las más variadas categorías de una ponderada *Ars probabilitalis*. ¿O sopesan acaso los enamorados los métodos científicos de evaluación? ¿Cómo decide el manager la nueva línea de producción? ¿Según parámetros científicos? Ni por asomo... Él tiene que decidir cosas futuras, y ahí, sobre el futuro, no hay ciencia que valga, pues todo es nebuloso y pleno de incertidumbres. Se ha de guiar por su «olfato», es decir, experiencia y fantasía, al fin y al cabo, una combinación explosiva e incierta. ¿Y qué pasa con la medicina, también la moderna?

¿Solo se basa y se actúa utilizando estudios científicos? La ciencia ha demostrado que una doble creencia es decisiva para una eficaz curación: la fe del médico en la terapia propuesta fortalece la fe del paciente en su curación. ¿Irrracional? Irrracional sería no contar con la eficacia de ciertos decisivos impulsos irracionales.

Me atrevo a apuntar que, examinando lo que Llull pretendía al meter la fe para hacer posible, revivir y poner en marcha el proceso de conocer y amar, era fruto de su experiencia y de una evidencia: en casi todas las fundamentales situaciones vitales juega la ciencia un papel secundario. Ninguna persona en su sano juicio vive el día a día en parámetros científicos estériles y objetivos. Actuamos normalmente en medio de una riada de motivaciones complicadas y revueltas, en situaciones que son tan multicolores y únicas que ningún científico puede reducir a un denominador común, pues ninguna situación es igual a la otra. El que quiere conducir su existencia a través de ese *maremágnum* necesita otras guías, además de la simple razón: su memoria que incluye también sentidos despiertos y abiertos, experiencia y cierta confianza en vagos presentimientos y corazonadas. El meollo de las relaciones públicas, sentimentales y terapéuticas no es un hecho definido o definible, sino misterio, voluntad y fe, no basta conocer y analizar, sino sobre todo llenar el hueco que existe y resbala entre el desnudo análisis del conocimiento más o menos exhaustivo de esos hechos y la compleja realidad.

Y bien lo ha visto Ramon. La fe recibida en la familia es difícil de erradicar. La fe juega para todo ser humano —para su suerte o desgracia— un papel fundamental y decisivo. Es como una brújula que marca una ruta que ni ella misma sabe a dónde conduce, sin saber tampoco con certeza de dónde viene todo aquello en lo que cree creer. Esa fe no la entiende quien la compara con la ciencia experimental y pretende deducirla como una improbable verdad a medias. Pero ¿qué tiene la fe que no tenga la ciencia? Primero, para Llull, algo poético, es decir un saber creativo sobre la singularidad del ser humano, del mundo y del cosmos. En segundo lugar, es lo contrario de la distante y lejana teoría. A pesar de sus dogmas, la fe es fundamentalmente práctica, por eso Llull la ve como fuerza motriz del espíritu, ella tiene el oficio de hacernos pensar y exige empezar a pensar dándole material a la razón para iniciar el análisis racional de esa fe recibida. El hecho de que mueve montañas radica seguramente en su capacidad de sentir como propio el nervio creativo que nos permite seguir pensando, no descansando en cualquier dudoso silogismo científico, válido hoy pero falso mañana.

¿Por qué tiene que avergonzarse y defenderse la fe? ¿Porque a lo largo de la historia fue cómplice de las más brutales miserias e incluso las legitimó? ¿Quitan las ganas de creer las perversiones de la fe en sistemas ortodoxos de poder? Sin embargo, está claro que las tasas más altas de incremento en el mundo actual las dan las diversas creencias fundamentalistas. Sus seguidores —judíos, cristianos, musulmanes, nacionalistas, animalistas, ecologistas, machistas, feministas, activistas no fumadores, vegetarianos...— rezan todos a su verdadero dios, se visten, se alimentan y educan a sus hijos como su dios manda. Fundamentalismo es la fusión y confusión de fe y ciencia: una verdadera y muy actual herejía que ya Llull —en París enfrentándose a unos filósofos— bien diagnosticó.

Y esta falsa fe —la de ayer como la de hoy— cree en un dios que se pone por encima de cualquier dios obligando a «todo dios» a aceptar su interpretación que declara, con mayor o menor violencia, norma exclusiva de la verdadera y única forma de vivir y convivir. Lo peor es que eliminan el misterio de lo trascendente obligando a lo más íntimo y sagrado del individuo y su mundo a seguir una intransigente e inflexible moral atada a normas poco coherentes con la experiencia vital y, evidentemente, irracionales. El lema de esa fe en su mezquino horizonte: Nosotros sabemos lo que Dios quiere. Lo conocemos y por eso nos dice por dónde hemos de ir. Una doctrina hegemónica de moral intransigente basada en parciales criterios ideológicos, una fe que se legitima a sí misma y a la que nadie puede oponer resistencia.

Pero ¿qué Dios es este? Un dios que han liberado de su misterio, transparente como un perfil en Facebook, algunas veces familiar como un camarada y otras veces presente como siervo torturador y juez implacable que pide víctimas por desobediencia, que parece estar lejano, y se puede acercar con exigencias a todo el que quiere distanciarse. Esto ya no lo aceptaban los profetas de Israel. La fe, como sustantivo, allí no se nombra, pero siempre permanece muy claro el aviso y la advertencia constante de no abandonarse a una fe que crea seguridad y confianza o ilusionarse y abandonarse a una precaria aparentemente sólida ciencia. La fe consciente —y Llull bien lo sabía— no es ni puede ser una certeza. La verdadera fe sabe que vive de algo extraño y que esa extrañeza permanece insondable, porque la misma vida es incierta e insegura, tan insondable e incontrolable como el espíritu humano. Solo así permanece la vida viva, triste o feliz, dolorosa o divertida. Otra vida, organizada racionalmente, sería una quimera, una vida muerta.

No hay que ser creyente para interesarse vivamente por este contexto. La fe se corresponde con la condición humana. No somos ángeles caídos del cielo, todos entramos en el teatro de la evolución por breve tiempo tropezando constantemente con nuestros límites y miedos: desconocemos el autor de este entuerto y el director en el escenario. De los miles de millones de años que nos preceden sabemos prácticamente cero, ni idea de adónde irá a parar todo esto. A pesar de esta supina ignorancia pretendemos, sin embargo, ser actores en este escenario. Para ello necesitamos una visión de conjunto y tener una idea de nuestro papel. Y esto, a su manera, era lo que pretendía no solo Ramon, sino todos los que pretendieron explicar nuestro entorno. Una idea que lo explique todo. Una ciencia universal e infalible. Por eso la idea de Dios viene siempre envuelta en la «trinidad metafísica», como la denominó Karl Löwith (1967: 7 y 68), o, si se quiere, con la metáfora más neutral de Hans Blumenberg, como «triángulo metafísico» constituido por Dios, el hombre y el mundo. Se trata de un complejo íntimamente trabado en el que cada componente va siempre ligado a los otros dos. En la idea de Dios esta relación se muestra con decidido vigor, porque Dios, de ser accesible y en la medida en que lo pueda ser, deberá aparecer necesariamente desde las diversas concepciones que nos hagamos del mundo y del hombre.

Lo específicamente humano comienza donde termina la ciencia. ¿Tiene que renunciar el creyente a explicar algo solo por el hecho de que nada seguro se puede dilucidar y todo parece incierto? Extraña lógica, extremadamente fuera de la realidad. Interesarse por algún orden cosmológico con un director de escena y por un compromiso moral no es algo privativo de viejos ignorantes. Puede ser la única reacción lógica a nuestra situación.

Sin ir a más detalles, sin necesidad de acudir a citas explícitas del *Libro de contemplación en Dios*, Llull avisa constantemente que estamos ahora, por poco tiempo, en el escenario del mundo intentando interpretar nuestra pequeña escena. Con la explícita promesa de ofrecernos una visión del cosmos más fácil de entender y más coherente. ¿Debemos prescindir de esa visión de conjunto porque un racionalismo total pretende convencernos de que esa visión es científicamente imposible? ¿O es que les falta a esos ilustrados el talento poético de imaginar algo indemostrable, bello y más o menos viable? ¿Son los ateos gente sin fantasía? ¿Lerdos perezosos? ¿Gente sosa sin pasión por descubrir lo incierto y escondido? Todo pensamiento verdaderamente grande debe aspirar a la totalidad y en esta tensión lleva consigo su grandeza.

¿El ser humano, una pobre figura irrelevante en un universo con miles de millones de estrellas y galaxias? ¿Un don nadie? ¿Un cosmos, fruto de la casualidad, sin relación alguna con una realidad inteligente? Difícil de aceptar. No solo para Ramon Llull, quien —a la mitad del camino de su vida— hizo suyo un consejo que más tarde formularía así Jorge Manrique: «Recuerde el alma dormida, / abíue el seso e despierte / contemplando...».

BIBLIOGRAFÍA

- BADIA, Lola (2018). «Ramon Llull i les edats de la vida», en *Ramon Llull pensador i escriptor: Actes del Congrés de Clausura de l'any Llull*, ed. Lola Badia, Joan Santanach y Albert Soler, Barcelona, pp. 49-71.
- FIDORA, Alexander (2011). «Die drei Seelenkräfte: Memoria, intellectus et voluntas», en *Gottesschau und Weltbetrachtung. Interpretationen zum Liber contemplationis des Raimundus Lullus*, ed. Fernando Domínguez Reboiras, Viola Tenge-Wolf, Peter Walter (eds.), Turnhout: Brepols, pp. 209-225.
- LÖWITT, Karl (1967), *Gott, Mensch und Welt in der Metaphysik von Descartes bis zu Nietzsche*, Gotinga.
- PRING-MILL, Robert D. F. (1968), «Ramón Llull y las tres potencias del alma», *EL*, 12, pp. 101-130.
- ROSSI, Paolo (1960), *Clavis universalis. Arte della memoria e logica combinatoria de Lullo a Leibniz*. Milán - Nápoles: Ricciardi.
- YATES, Francis A. (1966), *The Art of Memory*, Londres: Routledge & Kegan.